

Un viaje religioso

por Julián Marías

En esta sección incluimos un texto recientemente aparecido en «L'Osservatore Romano» del presidente de FUNDES y del Consejo de Redacción de CUENTA Y RAZON, Julián Marías. El presente artículo, al que no habrán tenido acceso la mayor parte de nuestros lectores, une a la calidad habitual de quien lo escribe la dedicación al tema principal de este número de CUENTA Y RAZON.

Juan Pablo II ha pasado diez días en España; la ha cruzado casi entera en varias direcciones, se ha demorado en unos cuantos lugares de profunda significación religiosa, ha sido escuchado directamente por millones de personas, y por medio de la radio y la televisión por la inmensa mayoría de la nación. La palabra «entusiasmo» es tal vez la que más se ha repetido. Ha sido su paso un poderoso remolino que ha agitado las aguas; al volver a Roma, ha quedado una larga estela. Vale la pena preguntarse cuáles son las aguas verdaderamente removidas, qué dirección tiene esa estela, cómo puede quedar España después de esta conmoción.

Me sorprende que no pocas personas hayan querido atribuir al viaje del Papa una significación política, a pesar de que precisamente ha sido la política lo que ha estado ausente. Lo más curioso es que los que representan esa actitud dicen o sugieren que esa significación política ha sido *adversa* a sus intereses o preferencias. ¿Cómo se entiende que quieran convertir en algo negativo para sus posiciones lo que ha sido ajeno a ellas?

Cabe pensar que lo que más inquieta a algunos es justamente que no se haya tratado para nada de política, sino de *religión*; tal vez lo que les preocupa es que se haya producido en España un cambio de actitud respecto a la religión, que la consecuencia de esta visita haya sido una intensificación del sentido religioso, una revitalización del cristianismo en los cristianos, una llamada hacia una dimensión olvidada de la vida en los que no lo son.

Para mí, esto es lo más interesante, lo más importante, lo más fecundo de esos diez días. El catolicismo de los españoles puede sufrir empañamientos o eclipses, pero es muy amplio y sólido. Hay en él una muy extraña mezcla de profundidad y superficialidad. Intentaré explicarme. Por su identificación con fórmulas exteriores, por su vinculación con actitudes políticas durante demasiado tiempo, por haberse *dado por supuesto* con manifiesta y peligrosa ligereza, por haberse asociado con ideas, preferencias y hasta gustos literarios o artísticos que muchos no comparten, ha tenido un elemento de barniz

superficial, fácilmente sustituido por otros barnices igualmente superficiales. Muchos aparentes *principios* religiosos, que parecían fuertemente arraigados, han resultado prendidos con alfileres, porque eran meras *vigencias* sociales, fácilmente sustituidas por otras. Pero sería un error creer que éstas —tan visibles hoy— tienen demasiada realidad. Tan pronto como se araña la superficie, vuelve a aparecer un torso de religiosidad de inesperada solidez. Bastaría que la condición de católico empezase a ser *adversa* para que se afirmase con una energía que parece inexistente y que está sólo latente.

Lo grave es que cuando esto sucede, la religiosidad aparece teñida de beligerancia, es decir, desvirtuada una vez más. Creo que es hora de que el vivo, poderoso catolicismo español sea estrictamente *religioso*, de manera que la conducta de los españoles —moral, social, económica, política— no esté definida por una «filialidad», sino vivificada, inspirada por su condición religiosa, por la manera de ver la realidad y proyectar la vida que depende de sentirse bajo la mirada de Dios, en sus manos, en plena libertad, con deberes de amor sin exclusiones, con un horizonte que no se limita a la vida terrenal, sino que incluye real, eficazmente, la vida perdurable.

Los españoles acabamos de hacer, con insólita intensidad, la experiencia de lo que es un hombre religioso. Lo más interesante es que el Papa ha hablado a personas de las más diversas condiciones: jóvenes, familias enteras, desde la niñez hasta la ancianidad; sacerdotes y religiosos, monjas de clausura, obreros, teólogos, intelectuales e investigadores... Ha mostrado diversas formas de religiosidad. Durante demasiado tiempo, la religión había sido «clerical»; parecía que era asunto de sacerdotes y religiosos; los modelos de santidad que solían proponerse tenían muy poca resonancia eficaz en la mayoría de las figuras de vida de nuestro tiempo. Parecía que ser religioso era parecerse lo más posible a un cura o a una monja. (Con lo cual éstos quedaban desdibujados, injustificados en su peculiaridad.)

Juan Pablo II ha estado a inmensa distancia de esto. Se ha enfrentado con todas las formas de vida, con todas las edades,

con las dos formas de vida humana, varón y mujer, con todas las figuras sociales que esa vida adopta en nuestro tiempo. Y a todos los ha hecho mirar hacia la vertiente religiosa que lleva en sí la condición humana.

Durante largo tiempo, el mundo ha experimentado un olvido de lo *sacro*; ha predominado lo *profano*. Cuando se ha entendido este carácter a lo que es intrínsecamente sacro, el resultado ha sido, literalmente, una inmensa *profanación*. A la luz de esta idea se podrían interpretar muchos fenómenos relevantes de nuestro tiempo.

Juan Pablo II ha iniciado desde hace cuatro años la operación contraria. Ha recordado incansablemente la condición *sacra* del hombre, en definitiva, de la realidad entera. No es que lo haya «dicho»; es que ha vivido de acuerdo con esa convicción, es que se ha vuelto a todas las criaturas como tales, descubriendo en ellas la huella del Creador, su vinculación —conocida o no, afirmada o negada, poco importa— a Dios.

Esto es lo que hay derecho a esperar de un Papa, lo que he esperado siempre. Es lo que probablemente ha llegado a su culminación en estos días españoles de noviembre de 1982. Durante ellos, España entera ha sentido la llamada hacia esa dimensión sacra, más allá de toda referencia «confesional», pero por supuesto desde el más riguroso catolicismo. Quiero decir que el Papa ha sido en todo momento cabeza de la Iglesia, pero ha entendido que su ministerio era para todos.

Lo que ha hecho, en el fondo, es tratar a todos como *personas*, recordar que los hombres, lo sepan o no, lo quieran o no, lo son. Y que todo tratamiento o manejo de ellos que olvide su condición personal es la máxima injusticia, el mayor atropello y violencia, su *profanación* en el pleno rigor del término.

¿Será posible en adelante? ¿Perdurará la estela de esta experiencia? ¿Seguirán los españoles sintiéndose personas, dispuestos a no dejarse tratar por nadie como cosas? O se desvanecerá esta remoción y volverá la vieja rutina? Esta es la cuestión.

Y quiero advertir, finalmente, que cuan-

do hablo de ser tratados como personas o como cosas, me refiero sobre todo a *nosotros mismos*. Somos nosotros los que nos proyectamos como personas o nos interpretamos como cosas que sirven para algo, que se pueden utilizar y un día pa-

san para siempre o se arrojan por otros. Tengo la esperanza de que el viaje a España de Juan Pablo II haya servido para que cada uno de nosotros se diga en voz baja lo que dijo en un momento decisivo Don Quijote: «Yo sé quién soy.»